

Sobre Encuadre y Proceso Analítico en la Actualidad

Marcelo N. Viñar¹

Descriptores: ENCUADRE PSICOANALÍTICO / CONFLICTO / PROCESO SECUNDARIO

El mundo cambia, a un ritmo tan acelerado y vertiginoso que se vuelve impredecible y nos deja atónitos, se quejan o constatan algunos. El mundo cambia y no precisamente en la dirección de nuestros anhelos juveniles... en muchos campos de la cultura y de la vida política.

Es lógico, de consiguiente, que se modifiquen los estilos y quizás el fondo de lo que llamamos pedido de ayuda terapéutica y demanda de análisis. Es un desafío a nuestra pericia e inventiva el cómo tramitarlos para lograr un encuadre compartible, sobre todo cuando la impronta de la época no es proclive a transformar la queja y el síntoma en un relato, es decir en una producción verbal donde el sujeto se comprometa y enganche en una postura reflexiva, donde operen la libre asociación y la atención flotante.

He oído afirmar a respetables colegas, que la mutación cultural en nada afecta a lo básico de las estructuras mentales con que trabajamos los psicoanalistas y es a esa permanencia del funcionamiento mental y su patología que debemos abocarnos. Me sitúo en las antípodas de esta afirmación, pienso que si cambia el mundo cambia nuestra mente y los cambios cuestionan nuestra nosología habitual (estructura neurótica, psicótica, perversos, fronterizos y sociópatas). Algo de la diversidad y riqueza expresiva singular queda opacada por la chatura de la definición diagnóstica. Si bien estas estructuras se definen en psiquiatría por la pregnancia de ciertos mecanismos que el psicoanalista debe conocer, y en psicoanálisis por la prevalencia de ciertas ansiedades y defensas que organizan el conflicto, hay en muchos pacientes la plasticidad de fluctuar entre distintas organizaciones, a pesar de la tendencia a cristalizar en una patología dominante. En la cultura de hoy, los límites entre la norma y la transgresión, entre lo normal y lo patológico, entre valores a sostener y valores a condenar o combatir, son más equívocos y ambiguos, y esto incide en la sesión, en el perfil de expresión del paciente y también del analista.

Se trata de acoger y entender lo que se pueda de la propuesta tal como viene, para ir acompasando en el diálogo un código compartible y reformulando un lenguaje que suele ser evacuativo (o de acción y descarga), para pasar a un lenguaje reflexivo que permita trabajar.

Para el ejercicio cotidiano del oficio me afilio a la posición de Pichón Rivière de enfermedad mental única retomada por Alain Badiou como impasse en la subjetivación, y he vuelto a menudo a la lectura de Koolhaas y a sus enseñanzas sobre el fondo psicótico de la neurosis. Si bien la definición diagnóstica tiene su importancia, el

¹ Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Joaquín Nuñez 2946. CP. 11300 - Montevideo, Uruguay - E-mail: maren@chasque.apc.org

desafío es reconocer semiológicamente las ansiedades y defensas prevalentes, para organizar un espacio de intercambio verbal, gestual y de empatía, donde uno y otro puedan reconocerse y reconocer al interlocutor. Esto, que en la neurosis que antaño describíamos como punto de partida, como hecho ya establecido, me resulta mas una condición no dada en el comienzo, sino una plataforma a construir laboriosamente. Me sorprende hasta la estupefacción, como a una parte significativa de los pacientes que recibo hoy, les cuesta decir quienes son y que les pasa y tengo que ayudarlos a lograrlo. O antes éramos inteligentes y ahora no (tesis absurda), o el mundo visual del televisor y la computadora afectan la capacidad de «narrarse» que esperamos de los pacientes que nos llegan. Esto nos desafía a lograr un territorio común afín de lograr el «juego» del análisis.

Hubo una época de oro, en la realidad y/o en la leyenda, en que el analista le recitaba el contrato en la primera (s) entrevista (s) y el paciente (obediente) acataba las consignas y el análisis partía como cuando en el parque Rodó sacábamos la entrada del tren fantasma o la montaña rusa. Lo que Freud llamó espera confiante de uno y disposición receptiva del otro. La caricatura - que me incluye - tuvo muchos logros y muchos desaciertos.

El catequismo del contrato incluía elementos protocolares: duración y frecuencia semanal de la sesión, retribución, interrupciones y más sutilmente la definición de los roles respectivos en la libre asociación y la atención flotante (Diga todo, y yo intervengo cuando capto algo). Propuesta violenta, sólo legitimada éticamente por la exigencia de que quien impone este camino, ya se aventuró una vez por el mismo en su propia carne. Pero en psicoanálisis - como en el amor y la amistad - lo que define la calidad del encuentro y el espesor de lo que allí ocurre no son las condiciones formales, sino la actitud y disposición de quienes llevan a cabo el proceso. Las pautas formales son mudas cuando el proceso marcha, y sólo son estridentes cuando hay dificultades.

Es la actitud y disposición del analista el pivot que vertebra el encuadre, las reglas del dispositivo son medidas accesorias para favorecer la emergencia de un diálogo analítico. No se puede trocar el fondo por la forma.

Aunque un tiempo del reloj y una frecuencia regular y asidua me parecen imprescindibles para promover, fomentar y albergar el clima regresivante de la escena transferencial que las reglas pautadas en el contrato van desencadenando, no es la definición dogmática de una frecuencia lo que define que es análisis y lo que no lo es. Esto me parece un reduccionismo, que sólo la burocracia institucional puede producir, aunque todos sabemos que la frecuencia y secuencia del tiempo compartido en sesión favorece o perturba lo que se busca que allí ocurre. No se puede simplificar el complejo y difícil problema del encuadre a uno sólo de sus factores (la frecuencia), y ahorrarse las complicaciones de un análisis multifactorial en sus acciones recíprocas.

Hoy día y desde hace muchos años, pienso que lograr el encuadre para un proceso analítico es algo más arduo, más laborioso e incierto que lo que pensaba hace unas décadas. La experiencia me ha llevado a creer que un encuadre adecuado a cada pareja terapéutica, se construye mejor como «artesanía» a la medida y no de confección. Insisto que para producir un encuadre psicoanalítico, las reglas se decretan, algo así como un edicto (venga, hable y pague); pero la creación o construcción de un espacio analítico, proclive a la circulación fluida de representaciones verbales y gestuales, sueños, lapsus, actos sintomáticos, que fomentan la ambigüedad esencial de la escena transferencial (todo pasa, sin que nada pase); es una creación, que lleva semanas o meses instalar, (quizás años, o nunca se

produce). Es esto lo que me parece el ingrediente esencial del encuadre: un producto artificial pero imprescindible para jugar un juego controlado con la locura, en la intimidad de un entre-dos, dispuestos, con ese juego, a acceder a nuevas conexiones y conocimientos vivenciales en la exploración de ese laberinto o fuero interior, donde el analista asume la función de un Tú primordial del origen, en su omnisciente omnipotencia y el consiguiente desmontaje de la misma.

Hoy la experiencia freudiana no goza en la plaza pública, del prestigio de hace unas décadas. El cambio en la moda y en el marketing ha colapsado y esto nos inquieta mucho.

El psicoanálisis es no sólo nuestra vocación, es nuestro medio de vida y sustento, y la realidad y/o el fantasma del desempleo (como en otros oficios) nos acosa diariamente. Esto es serio y contundente. Se agregan - y esto es paja que se agrega al trigo - la comparación del Psicoanálisis con otras terapias, en términos de eficacia o éxito, de costo-beneficio... Es como plantearse si a uno le gusta más comer porotos que leer una buena novela, quiero decir que estas comparaciones borran y anulan la especificidad de la experiencia freudiana.

En términos de moda, ir al psicoanalista era un toque de distinción que llegaba a incluir empresarios, ministros y presidentes. Este tipo de clientela, se ha corrido al lugar que corresponde más a su demanda, los psicofármacos y psicoterapias de corto aliento.

A mi modo de ver, los que queremos seguir siendo freudianos en tiempos de adversidad planteamos las cosas en otra lógica que el éxito comparativo del Psicoanálisis con otras estrategias terapéuticas. No en términos de éxito y eficacia, sino de especificidad.

La expresión metafórica que Freud empleó en los textos sobre la Técnica, fue la de marcarla como diferencia entre la cosmética y la cirugía.

Es la desgracia y el malestar que empujan a la gente al Psi ... (¿qué hace un psicoanalista en un tiempo de malestar que se autoignora?, se pregunta Julia Kristeva), época esta en que la misma existencia de un fuero interior, de un espacio mental que se sustraiga al tumulto de los cambios del mundo, está cuestionado. El como transformar un pedido de ayuda en un pedido de análisis, es un desafío que reclama nuestra inventiva y sagacidad, tenemos que seguir indagando y probando...

La salud que busca la medicina y las psicoterapias que se adscriben a su lógica normalizante, es la de suprimir el síntoma y silenciar el padecimiento. Lo que es importantísimo. No tengo ninguna duda en apoyar y sostener una demanda en Salud Mental, sobre todo en el mundo de hoy. En Psicoanálisis, si ello ocurre es por añadidura.

Lo esencial y central del empeño, no es la salud como armonía y equilibrio, sino como reformulación del conflicto psíquico, de nuestra condición de humanos, es decir de seres ablantes, no sólo como seres biológicos (vivos sometidos a las mismas necesidades que otras especies), sino seres en la palabra, en nuestra condición de hablantes (con los otros y con nosotros mismos), una palabra interminable que versa sobre la vida, la locura, las pasiones, el trabajo y el placer. Donde el conflicto psíquico, en perpetua reformulación, no logra apagar los síntomas, sino modificar la textura del sujeto hacia una desadaptación más creativa, menos atrapada en la estereotipia del síntoma y más proclive a su en la elaboración sublimatoria.

Como decía Silvia Bleichner hace poco tiempo, en una entrevista cuando la periodista le pidió decir en pocas palabras a qué apunta el psicoanálisis, ella respondió:

«Apunta a la limitación del sufrimiento destructivo. El psicoanálisis plantea para los seres humanos, no que sean más felices a costa de ser estúpidos, sino que no paguen el sobreprecio al que su propio fantasma sin representaciones, a veces los condena». Desde el teatro Atahualpa del Cioppo reflexionaba de modo análogo: «El cuerpo se defiende mejor que el alma, si no como tengo una señal de hambre, si no escucho a Mozart nada me avisa, hay sólo el silencio y la soledad».

A mi entender un pilar fundamental de lo que **llamamos encuadre y proceso psicoanalítico**, se inicia o se funda cuando la percepción interior de dolor psíquico, de desquicio, de locura, de síntomas somáticos o psicósomáticos, deja de ser reificado como objeto de conocimiento objetivo, para apropiarnos de él y de esa zona de nosotros mismos, en un encuentro dialógico e intertextual, curioso y explorador, que atrapan a paciente y terapeuta.

La posición de alienista que separa al sujeto de su propia locura puede ser adoptada por el psiquiatra, por el psicoanalista o por el sujeto mismo que consulta (o por su entorno).

Superar este posicionamiento es el desafío de la empresa analítica. El viraje freudiano, que Octave Mannoni narra con tanta frescura al describir ese momento germinal entre Breuer y Ana O. que él llama «de análisis original», consiste en transformar el síntoma mórbido en zona de interrogación, en conflicto psíquico. De reapropiación de un espacio interior, de acceso a una iniciativa y responsabilidad diferentes, frente a lo que nos pasa interiormente.

En Psicoanálisis ya no es sólo el dilema normal-patológico, paradigma del alienismo y la normalidad, con sus metas de bienestar y adaptación, sino entre el empecinamiento y/o la creatividad que puede emerger del malestar y del dolor.

Antes todos sabíamos que conflictos internos y malestar en la cultura eran territorios distintos, discriminables como cosas separadas y heterogéneas. Hoy el barullo entre lo público y lo privado es un entrevero mucho mayor y el discernir al Sujeto de la experiencia íntima y al ciudadano, no es un dato resuelto, sino un problema a resolver. La desnudez, que vemos en la publicidad, el cine y los reality shows, contrasta con el recato que desde la moral victoriana saturaba una hipócrita mogigatería. Hoy mucho de lo que llamábamos patológico o indecente ya está legitimado, no sólo en la diversidad de estilos sexuales, donde salvo la crueldad y la pedofilia, casi todo suena aceptable, y «políticamente correcto», sino también en la reelección de presidentes corruptos, donde lo preocupante no es tanto la sempiterna corrupción, sino la complacencia colectiva con ella, como modo de funcionamiento natural» de la sociedad humana.

Me pidieron un resumen sobre encuadre y proceso hoy. Me resistí a discutir cuestiones técnicas, prácticas y urgentes de frecuencia y dinero, sin enmarcarlas en algún fundamento doctrinario y de contexto situacional y sociopolítico en que se desarrolla nuestro oficio.

La moda dice que antes los psicoanalistas eran una maravilla y que «todo el mundo debía analizarse», hoy se dice que son una porquería perimida y anacrónica, que no sirve para nada. Ni una cosa ni la otra, sino todo lo contrario, diría Cantinflas. El proyecto de un análisis, como el de una aventura amorosa, siempre puede lograrse o fracasar y estafarse.

Hoy las condiciones son adversas, nadie tiene tiempo ni plata, y el análisis es oneroso en dinero, en tiempo y en angustia. Son malos tiempos para someterse al calvario con la promesa de redención, así dicen los comentaristas. Sin embargo

habemos una minoría de tontos, que pensamos que la aventura subjetiva no sólo es sostenible en los tiempos vertiginosos y locos de hoy, sino que es más imprescindible y pertinente que nunca o que siempre, como conquista de un espacio de remanso para un mundo de vértigo.

Hubo otros tiempos adversos, el psicoanálisis sobrevivió al nazismo y dos guerras mundiales, amén de las dictaduras. Quizás haya sido allí más esencial que en tiempos de paz.

Hay algo de la experiencia freudiana que resiste a ser legislada y codificada desde afuera, en estándares y reglamentos nacionales o planetarios. Hay algo que sólo se conquista en la soledad y la penuria, como requisito de intimidad, a conquistar y construir paso a paso. Que esta construcción esté hoy contra la moda y el consenso, si bien amenaza (tanto como en otros oficios), nuestras oportunidades laborales, tal vez obtenga productos artesanales de mayor y mejor de calidad, superando los productos en serie de la industria turística, como también supo hacerlo el psicoanálisis en sus tiempos de opulencia.

Bibliografía

HOBBSAWM, E. "Historia del SIGLO XX" Ed. Crítica, Barcelona, (1995).

CASTELLS, M. "La era de la información" Vol. 1.- La Sociedad red. Alianza Editorial, 2º Ed., Madrid, (2000)

CASTELLS, M. "La era de la información. Economía Sociedad y Cultura". Vol. 2.- El Poder de la Identidad. Alianza Editorial, Madrid, (1998)